

nos de un círculo cada vez más estrecho de grupos de intereses industriales y financieros.

En los Estados Unidos podemos ya señalar un pequeño número de combinaciones e individuos que juntos controlan las principales fuentes de productos de la riqueza nacional. Este proceso ha venido desarrollándose aceleradamente en los últimos 25 años, ¿qué altura llegará alcanzar de aquí a un cuarto de siglo? Se permitirá al gran pulpo del dinero extender sus voraces tentáculos sobre la vida y la existencia de los cien millones de habitantes del país, o desarrollará la Nación fuerza e inteligencia bastantes para libertarse de semejante amenaza reorganizando la sociedad sobre una nueva y más firme base?

Los Socialistas afirman que el movimiento Socialista de la clase trabajadora está resolviéndose en tal poder. Las filas de los trabajadores se extienden firmemente, su número rápidamente se acrecienta. Del proceso de concentración capitalista resulta, entre otras cosas, la eliminación de los pequeños e independientes productores y fabricantes, que en siempre creciente número se ven obligados a sumarse a los empleados "asalariados," y la cohorte de industriales asalariados se aumenta cada vez más por la afluencia de la población campesina, cuya vida viene siendo más y más precaria.

La historia de este irresistible movimiento en gran parte se ve escrita cada diez años en las cifras del censo; pero no debe ser medido el crecimiento de la clase trabajadora tan sólo por los números. Los trabajadores avanzan firmemente en inteligencia social, en espíritu de rebeldía en saber y poder políticos. Esta es la significación real del tremendo crecimiento en tiempos recientes de los movimientos Socialistas, unionistas y coo-

perativo, y de las medidas (socialistas) y semi-socialistas) de todas las legislaturas modernas. El crecimiento del movimiento Socialista guarda relación con el de la concentración y poder capitalista, y se aproxima el tiempo que estos dos principales y contendientes factores en la civilización moderna se verán abligados a medir sus fuerzas.

¿Cuál prevalecerá? ¿El pequeño grupo de los "intereses" o la gran masa de trabajadores?

Seguramente los trabajadores,—contestan los Socialistas. Por que el poder de las clases dominantes es puramente artificial, y se basa en la tolerancia, en la ignorancia y en la apatía de las masas.

No puede sobrevivir al despertamiento del pueblo; no puede continuar contra su decidida oposición.

II.—FILOSOFIA REPUDIADA

Por John A. Ryan D. D.

Sobre la relación e importancia de la filosofía Socialista en lo que respecta al movimiento Socialista, estoy sustancialmente de acuerdo con mi estimado opositor. Mientras que el Socialismo económico no depende necesariamente de la teoría fundamental elaborada por Carlos Marx, históricamente se ha hecho descansar sobre tal base y no sobre otra alguna. En consecuencia esa base, ese "grupo de doctrinas sociales y económicas,---- presta sanción científica al movimiento, formula sus designios y ayuda en la formación de sus métodos." Es verdad; y es también principalmente responsable, como más adelante veremos, de sus afinidades y doctrinas éticas, religiosas y otras no-religiosas.

Según las palabras de Mr. Hillquit, "la piedra angular del movimiento Socialista moderna es su teoría de la evolución social". Y la parte esencial de la teoría es la doctrina del materialismo histórico, o la interpretación económica de la historia, o—para adoptar el título que me parece preciso y sugestivo—el determinismo económico.

De acuerdo con la primitiva exposición de Marx y Engels, "la forma, el contenido y los cambios de todo orden social" y "todas los cambios sociales y revoluciones políticas" son determinados originales y modelados por factores económicos—por los métodos de propiedad, producción y cambio. Más tarde la teoría fué modificada por Engels admitiendo la influencia de factores políticos, legales, filosóficos y religiosos (vease Seligman, "The Economy Interpretation of History," pp. 142, 143; N. Y., 1902).

Continuó, son embargo, considerando al factor económico como el factor decisivo en última instancia. Esto implica que las determinantes influencias de los factores sociales no-económicos son por completo derivadas e instrumentales; no originales e independientes. Consecuentemente, la extensión y la dirección de su acción causal, son determinadas finalmente por el factor económico, de igual modo que la acción del martillo sobre el clavo o de la sierra sobre la tabla es determinada y regulada por el carpintero. Desde luego que era un materialista filosófico, Engels no podía admitir que factores no materialistas y no-económicos, tales como la religión y la moral, fuesen capaces de determinar una causa o ejercer una fuerza original e independiente. En consecuencia, su modificación de la teoría del determinismo económico no significa tanto como un superficial examen

de sus palabras pudiera conducirnos a inferir. Viene simplemente a hacer explícito lo que era implícito desde el principio de la teoría, a saber, que factores no-económicos ejercen una influencia real e importantes, aunque secundaria y derivada, sobre la evolución social.

Esta forma de la teoría,—revisada pero no modificada esencialmente—es la aceptada oparentemente por mi opositor. Mientras admite que "nociones idealistas y concepciones intelectuales y morales adquieren a menudo la fuerza de importantes y aún decisivos factores en el progreso de la civilización", sostiene que "la forma en que produce (una nación) su sustento, determina *en definitiva* (las bastardillas son mías) su forma de organización, su división de trabajo o funciones, y sus nociones del bien y del mal,—su política, sus clases sociales y su ética."

Es por tanto innegable que las condiciones económicas ejercen una grande influencia sobre la vida social, las ideas, las instituciones y el desarrollo de los pueblos. Los pensadores han dejado de considerar que la historia de una Nación puede escribirse guiándose por sus acontecimientos ostensibles, por sus guerreros, diplomáticos y estadistas. Para conocer en forma adecuada la vida y los hechos de un pueblo, debemos estudiar sus instituciones sociales, y entre estas una gran parte corresponde a las instituciones económicas. Si el factor económico no hubiese intervenido en la Reforma Protestante, en la Revolución Americana, en la formulación de nuestra Carta Magna, en nuestra Guerra Civil y en la lucha por la autonomía de Irlanda, la historia de estos acontecimientos sería grandemente distinta.

En la actualidad casi todas nuestras actividades y problemas *políticos* son completa o fundamentalmente

económicos. Aún las nociones éticas de los hombres varían considerablemente de acuerdo con sus intereses industriales. Considerad, por ejemplo, los diferentes juicios morales asentados respectivamente por patronos de empleados sobre la huelga, el boycott, el paro, y la definición de salarios y ganancias.

Admitir e insistir que las condiciones económicas influyen grandemente la política y aún la vida religiosa de los pueblos y de las clases sociales es, sin embargo, colocarse más lejos de la posición Socialista. Sea o no un materialista filosófico, el ordinario Socialista enaltece la influencia del factor económico más allá de lo que puede ser plausible. Particularmente es esto verdad en lo que respecta a la religión y a la moral. Véanse los intentos extravagantes y fantásticos de Kautsky y Loria para "explicar" el origen y la historia subsecuente del Cristianismo, sobre bases puramente económicas, y los crudos y superficiales esfuerzos de tantos Socialistas, para reducir todos los vicios, crímenes y pecados a causas y motivos económicos.

Esa fase de la teoría del determinismo económico que acabamos de considerar abarca las causales *generales* del factor económico. Se refiere a la influencia de las condiciones y cambios económicos sobre todos los otros cambios y condiciones sociales. Hay, sin embargo, otra fase de la teoría que se refiere a la forma en que obran los factores económicos dominantes, dentro del cambio económico, determinando la evolución social. De acuerdo con esta parte de la teoría, el método o instrumento por el cual se efectúan los cambios en la estructura social del pueblo, es la lucha de clases.

De allí que las fuerzas económicas que operan en la lucha de clases, son las primordiales determinantes de

toda evolución social. A la luz de estas dos fases de la teoría del determinismo—económico, escribieron Marx y Engels en el "Manifiesto Comunista": "La historia de toda la sociedad que ha existido hasta aquí, es la historia de la lucha de clases."

Claramente, esta sentencia encierra una enorme exageración. Las grandes guerras internacionales, el nacimiento y desarrollo del Cristianismo, el desenvolvimiento de la educación, de la ley, de la ciencia, de la invención, fueron determinados tan sólo débil y remotamente por las clases entre los diferentes grupos económicos. Es esta una fórmula expedita para la simplificación de la historia, pero deja a un lado muchos inapelables hechos. En la aceptación de la teoría por Mr. Hillquit, la lucha de clases aparece como "la parte principal y substancial en la historia de las naciones." Aún esta exposición no soportaría la prueba de una comprensiva revista de acontecimientos históricos.

Aún cuando confinamos nuestra atención al campo puramente económico, vemos que la doctrina de la lucha de clases significa en extremo las relaciones y exagera los antagonismos de las diferentes clases económicas. Estas no pueden,—como muchos Socialistas quieren hacernos creer,—ser reducidas propiamente a dos: "capitalistas" y "trabajadores". En verdad Mr. Hillquit enumera bajo la general designación de "clases medias", algunos grupos económicos, tales como pequeños agricultores, manufactureros y comerciantes, las clases profesionales y las clases a sueldo. Sin embargo, sostiene que intereses económicos están "a menudo más estrechamente aliados a los de los trabajadores que a los de los capitalistas." "A menudo", tal vez, pero en verdad que no siempre.

Mi opositor argumenta que la principal división en-

tre estas clases es creada no tanto por la ocupación o función económica cuanto por "la posesión o no-posesión de propiedad". Aún esta base de división no suministra material para una lucha de clases de alguna importancia.

El profesor Streightoff estima que hay cerca de veinticuatro millones de individuos en los Estados Unidos que poseen alguna propiedad productiva distinta de valores del Gobierno y de corporaciones ("The Distribution of Incomes in the United States", p. 146; 1912). Sumando a este número el de aquellas personas que poseen esas dos clases de valores, y concediendo un margen liberal por duplicaciones, creemos no estar desecaminados al fijar el número total de poseedores de propiedad productiva en una mayoría de cuarenta y dos millones de individuos, de edad no inferior a veinte años (Senso de 1910). Entre ésta y la minoría no-poseedora, un conflicto activo o económicamente importante es grandemente improbable. Si algún conflicto se levantara, evidentemente no se resolvería en la forma deseada por los Socialistas. La parte poseedora es muy numerosa y demasiado poderosa.

Finalmente, si, como pretenden muchos socialistas, va a su tratado la línea divisoria entre los que principalmente obtienen su subsistencia por medio de salarios y entre los que adquieren del capital la mayor parte de sus ingresos, las condiciones de una genuina lucha no existirían aún, pues que una gran parte de la primera división se resistiría, y de hecho se resiste, a ser envuelta en ella. Esa gran parte no cree que sus intereses se encuentren en tal dirección.

La división de clases basada en intereses económicos divergentes, es un hecho indiscutible. En su re-

ciente obra titulada "An Economic Interpretation of the Constitution of the United States," el profesor Bread de la Universidad de Colombia ha demostrado que la Constitución no fué obra de políticos científicos, altruistas y doctrinarias, sino que fué redactada por las clases propietarias y acreedores. Al formularla, celosamente protegieron sus propios intereses contra los intereses y designios de las clases comerciales, industriales, agricultoras y deudoras. Pero sucedió que sus intereses, hasta donde concernían a la formulación de una constitución, estuvieron en armonía con los más amplios principios de la equidad económica y política.

En nuestro tiempo, el miembro ordinario de un cuerpo legislativo, *primordialmente* representa no a una abstracción, sino a la clase económica con la cual esté más estrechamente afiliado. De ahí la necesidad práctica de cada clase de tener sus propios representantes en cada legislatura. Otros numerosos ejemplos de la influencia de las simpatías de clases y de los intereses de clases sobre la vida social y política, acudirán rápidamente a la memoria del observador inteligente.

Pero el hombre que procure ver las cosas como ellas son, comprenderá que el número de clases económicas, ni práctica ni correctamente puede ser reducido a dos, y que una gran parte de la población no se encuentra definitivamente alistada en un simple conflicto de clases. Existe, en verdad, una cierta especie de lucha de clases entre *una gran parte* de los asalariados y *una gran parte* de los capitalistas; pero otras grandes partes se mantienen persistentemente alejados de la lucha, o empeñados en ella sólo débil e intermitentemente, y aún entonces, no uniformemente afiliadas al mismo lado. De aquí que la lucha, tal como existe, es mucho menos gene-

ral, menos intensa, y menos uniforme de como aparece en la ordinaria pintura Socialista.

La expresión de que el trabajo no adquiera el total equivalente de su producto es una vulgaridad en un sentido, y en otro es improbable.

Es una vulgaridad por cuanto que establece que el trabajo no obtiene la totalidad del producto creado por el trabajo combinado con el capital, o "trabajo cristalizado". Es improbable por cuanto implica que el capital contribuye al producto en conjunto, sólo con la utilidad o el valor suficiente para recuperar el capital, y que todo el valor, excedente del producto es creación del trabajo actual. Desde luego que el producto no hubiera sido producido si ya el capital o ya el trabajo hubieran faltado, y desde luego que cada parte del producto es debida en algún grado a la acción de ambos, determinar qué cantidad del producto es específicamente atribuible a cada factor, es tan imposible como encontrar qué proporción del animal ha venido de cada ascendiente.

Por tanto, el "nuevo descubrimiento económico" de Marx aparece ser el descubrimiento, ya de lo obvio o ya de lo indiscubrible.

La expresión de que son determinados los salarios por el costo de mantener el trabajo de conformidad con "la norma establecida de subsistencia,, es, bajo un aspecto importante y falso bajo otro aspecto. Es inimportante porque no implica necesariamente que la escala de subsistencia del trabajador es irrazonablemente baja y porque es verdad en lo que respecta a otras clases además de la trabajadora. "La norma establecida de subsistencia" es enteramente elástica y relativa. Para una gran parte de los trabajadores, significa una existencia razonable y confortable, e incluye a menudo aho-

rros e inversiones para el futuro. Su "norma establecida de subsistencia," interpretada en este amplio sentido, absorbe todos los ingresos de la gran mayoría de aquellos que no son asalariados.

Por otra parte, la aserción de que se trata es falsa por cuanto que afirma que en todos los casos los salarios son estrictamente *determinados* por la norma establecida de subsistencia. Esta es un efecto más bien que la causa de la mayor parte de los ingresos que están por encima del costo de una miserable subsistencia.

En una palabra toda la teoría Marxiana de la supervalía, es una exposición pedantesca y misticadora de cosas que son ya obvias, improbables, inimportantes o falsas. No explica hechos económicos ni contribuye al estudio de la justicia económica ni marca la senda de la evolución económica.

En la división de un producto ya existente están encontrados los intereses del trabajo y del capital, pues que, mientras mayor sea la parte del último (incluyendo la del terrateniente y la de administración) significará una parte menor para el primero. El hecho es sin embargo, que la división se hace antes de que el producto exista. Dentro de ciertos límites, las condiciones de la división pueden decidir no sólo la proposición del producto que corresponda a cada receptor, sino el monto total susceptible de distribución. Una actitud de buena inteligencia por ambos lados, particularmente por parte del patrón, respecto a salarios y otras condiciones del trabajo, se resuelve generalmente en una parte mayor para ambos interesados. En consecuencia, el antagonismo entre ellos no es ni tan general ni tan extenso como lo presenta mi opositor y en general los Socialistas.

Del hecho que el capitalista tome una parte del pro-

ducto de la industria, no se desprende que el trabajador deba procurar la abolición del régimen de capital privado. La inferencia no es lógica, ni es el Socialismo "la lógica filosofía de la clase obrera." El punto débil en la inferencia, es la afirmación de que el Socialismo será capaz de acarrear a las clases trabajadoras, condiciones mejores de las que por el presente sistema podrán alcanzar.

La verdad de que el progreso de las clases trabajadoras depende principalmente de sus esfuerzos unidos, no fué descubierta por Carlos Marx. Como enseña la historia de las uniones del trabajo, esa verdad era perfectamente bien conocida por las clases trabajadoras, aún antes del nacimiento del capitalismo moderno. En Inglaterra y Estados Unidos, las uniones del trabajo han hecho mucho más que los Socialistas para difundir ese conocimiento. No es preciso negar la influencia de los Socialistas en la educación del pueblo trabajador, pero sobre ella debe establecerse el hecho de que Marx y sus partidarios han exagerado el poder de los trabajadores, han empequeñecido la ayuda obtenida y obtenible por las otras clases, y han conducido a los asalariados que han conquistado a un callejón sin salida.

a.—DESCRITO Y PREDICHO POR
CARLOS MARX.

"En proporción a la acumulación del capital," dice Marx, "la suerte del trabajador, sea alto o bajo su salario, viene a resultar peor" ("El Capital", I. 406, 407; Humboldt Edition.) Con respecto a las clases medias, tanto Marx como Engels, pensaban que "los peque-

ños artesanos, tenderos, y artífices retirados en general, mecánicos y campesinos,—todos ellos se sumerjen gradualmente en el proletariado." ("The Communist Manifesto", p. 26; Kerr's Edition). En la exposición de mi opositor sobre la concentración de la teoría, estas dos fases son pasadas en silencio; y adviértase que fueron fundamentales en la predicción de Marx y Engels. ¿Hasta donde han sido confirmadas?

Entre 1853 y 1893 ("El Manifiesto Comunista" apareció en 1848) los salarios reales subieron en la Gran Bretaña 88 por ciento; en Francia 81 por ciento; y 85 por ciento en los Estados Unidos. (Professor Bouley in the Economic Journal, XIII. 488.) En su segundo artículo de esta serie, admite Mr. Hillquit que "sobre todo, la vida es más propicia en la actualidad, aún para las masas, que lo fué en época alguna del pasado."

Las clases medias han rehusado, igualmente, sancionar la predicción Marxiana. Entre 1851 y 1891 la población de Inglaterra aumentó en 30 por ciento, mientras que el número de familias con ingresos anuales de 150 a 1,000 libras esterlinas, se acrecentó en un 233 por ciento. De acuerdo con Mr. Chiozza Money, el número de individuos que percibían de 180 a 700 libras por año en 1904 era mayor, en más del doble que el número de familias que en 1891 percibían de 150 a 1,000 libras. La población de Prusia se duplicó entre 1854 y 1894, pero el número de personas cuyos ingresos superaban a 150 libras pero el número de personas cuyos ingresos superaban a 150 libras por año se multiplicó siete veces. Eduardo Bernstein, el Socialista Revisor, de cuyo libro "Evolutionary Socialism" he tomado la mayor parte de estas cifras, declara que los demás países de Europa "no presentan substanciales diferencias," y que los miembros de

las clases poseedoras aumentan absoluta y relativamente.

En los Estados Unidos, no tenemos desgraciadamente, definidos datos estadísticos con respecto al número de individuos que perciban una determinada cifra de ingresos, o que posean determinada suma de propiedad. Para nuestro propósito, las más significativas cifras obtenibles son las siguientes: entre 1875 y 1911, el número de depositantes en los bancos de ahorro aumentó cuatro veces, mientras que la población solamente se dobló; de 1880 a 1905, la riqueza del país aumentó dos veces y media, mientras que el monto de los depósitos en los bancos de ahorro se acrecentó en un 375 por ciento; el promedio en la extensión de las fincas rurales decreció de 206 acres en 1850 a 138 acres en 1910; y entre 1900 y 1910 la proporción de nuestra tierra de labor en fincas rurales de más de 1,000 acres, decreció en más de seis y medio por ciento. (Véanse los Boletines del Censo de 1910.)

Aunque los asalariados no han mostrado tendencias hacia su degeneración progresiva, ni las clases medias hacia su progresiva desaparición ¿no se ha justificado la fase de la concentración en la predicción Marxiana? "Los grandes capitales destruyen a los pequeños," asienta Marx. ¿Viénesse concentrando el grueso de la riqueza y del capital mundiales, en manos de grandes capitalistas y combinaciones, cada vez en menor número?

Desde luego que las clases medias,—los poseedores de determinadas sumas de propiedad productiva—, aumentan continuamente, parecería obvio contestar inmediatamente esa pregunta en sentido negativo. Y la respuesta sería, en conjunto, correcta; precisan, sin embargo, variadas calificaciones, debido a diversas condiciones y ten-

dencias en las diferentes partes del campo industrial.

En la agricultura, como antes vimos, la tendencia es contraria, más bien que favorable, a la concentración. Las grandes haciendas americanas fracasan, mientras que las más pequeños granjas aumentan rápidamente. El mismo movimiento se observa en Europa. De más breves pero comprensivas citas estadísticas, Bernstein desprende que "en toda la Europa occidental..... en propiedad agrícola pequeña y media, aumenta por dondequiera, mientras que la gran propiedad decrece" (op. cit p. 71.)

En el campo de la distribución las *deparment stores* las enormes empresas de mayoreo, en algunas partes ganan terreno sobre los más pequeños establecimientos; pero, sin embargo, el número de pequeñas empresas al menudeo, aumentan más rápidamente que la población (cf. Sombart, "*Verein für Sozial Politik*", 1890.)

En la industria, la predicción de concentración se ha realizado hasta cierto grado. La proporción en la total producción lanzada por los enormes establecimientos manufactureros, y por combinaciones de muchas empresas bajo un sólo manejo, se ha acrecentado, prácticamente, en todos los países progresistas. En los Estados Unidos este proceso ha marchado más aprisa y llegado más lejos que en parte alguna, especialmente en los últimos quince años. Cada década, excepto dos, desde 1840, ha mostrado un considerable mayor incremento en la suma del capital que en el número de empresas tales. Entre 1904 y 1909 la proporción en la total producción de empresas cuyo producto alcanzaba a un millón de dólares o más, aumentó en cerca de seis por ciento, mientras que la proporción alcanzada por empresas menores, sufrió una disminución.